

mos en el capítulo siguiente las razones que para ello se opusieron; y daremos á conocer la causa de las muestras de alegría que partían de la ciudad sitiada.

Terminado el consejo, los oficiales volvieron á sus tiendas. Don Rafael tenía prisa de verse solo para reflexionar á su anchas acerca del sentido del mensaje que recibiera; y sobre todo, para acariciar aquel dulce rayo de esperanza que acababa de llenar su corazón tan triste hasta entonces.

No se dignó ni aun de prestar atención al ruido alegre de los sitiados, por más que todo el campo español se hallase preocupado con él como de un siniestro augurio.

CAPÍTULO IX

VALERIO TRUJANO

El viejo muletero á quien hemos visto no quererse exponer á los azares de la guerra antes de haber pagado religiosamente sus deudas, hoy el coronel don Valerio Trujano, era un guerrillero como abundaban tanto entonces. Sin embargo, el renombre de que gozaba dentro de los límites de su esfera, era un motivo constante de inquietud para los jefes realistas de la ciudad de Oaxaca. Creyeron que llegaba la oportunidad de aplastar aquel temible enemigo, falto ya del apoyo de dos de sus compañeros, don Miguel y don Nicolás Bravo, guerrilleros como él, á quienes Morelos acababa de llamar á Cuautla.

Era tal la importancia que se daba al vencimiento del religioso insurgente, que el gobierno hizo marchar contra él á casi todas las fuerzas de la provincia. Trujano se hallaba entonces en la población de Huajapam, donde lo hemos visto ya; y fué allí donde se inmortalizó por la hermosa defensa que hizo de la pequeña ciudad abierta por todos lados; felizmente para él, Huajapam se hallaba abundantemente provista de víveres.

La resistencia se habría hecho imposible si no se hubiesen violado las reglas ordinarias; eso fué lo que hizo Trujano.

Comenzó por hacer almacenar todos los víveres, cuya distribución cada mañana, se reservaba exclusivamente hacerla para cada soldado y para cada familia. En seguida estableció una severa disciplina monástica que desde el primero hasta el último día, en medio de las sangrientas peripecias de un sitio de ciento catorce días, la fuerza de su voluntad y su ascendiente irresistible sobre el soldado como sobre el burgués, mantuvo exenta de la más ligera infracción.

Estaba distribuido el tiempo como en un convento; y la mayor parte del que dejaban libre los deberes militares y los ataques de los sitiadores, lo dedicaban á la oración. Las oraciones se rezaban en común; y en esta población privada de toda comunicación exterior, en medio de un pueblo ignorante de las alegrías de la vida, siempre en frente de la muerte, se conducían con el fervor del marinero que implora la misericordia de Dios, su único consuelo contra los furores de la tempestad.

Gracias á estas extraordinarias pero sabias disposiciones, el desaliento no cundió en aquellas almas perpetuamente ocupadas. Cuando los víveres escasearon, ninguna mirada escrutadora podía sondear los vacíos almacenes, ninguna boca indiscreta podía anunciar el próximo ayuno; y era evidente que el sitio de los españoles sobre Huajapam no podía tener más que dos resultados: aplastar hasta el último de los sitiados ó levantar el sitio.

Durante más de cien días subsistió aquella situación; y durante tan largo espacio de tiempo, sólo una tentativa de auxilio se hizo por el coronel Sánchez y el padre Tapia; fracasó pero la constancia de Trujano no se desanimó. El desaliento se hallaba sólo del lado de los españoles.

Todo se plegaba entre los sitiados al ascendiente sin límites de aquel hombre verdaderamente extraordinario en quien se hallaban reunidas las más brillantes cualidades, aun aquellas que se excluyen mutuamente.

Jamás el fuego de su espíritu disminuyó la prudencia

de sus planes; y nunca su ardor trató de traspasar la época de su madurez. Valiente hasta la temeridad, no por eso era menos escrupuloso en calcular minuciosamente todos los azares del combate. Su fisonomía abierta y simpática imponía la franqueza y forzaba á cada cual á revelar su secreto, en tanto que nadie podía penetrar el suyo. Su bondad y su dulzura con las tropas, lejos de degenerar en desprestigio, le hacían temer tanto como amar. Un encanto indefinible emanaba de todo él y excluía hasta la idea de desobedecerle.

Ahora, si se reflexiona que en 1812 los españoles eran aún dueños de todos los recursos de la Administración, de los correos, de los caminos; que la insurrección estaba aislada, combatida por todas partes, no parecerá asombroso que, en la misma época en que Trujano se hallaba sitiado en Huajapam, Morelos, sitiado á dos ó tres jornadas de allí en Cuautla, ignorase la situación del viejo muletero.

Desde hacía ya un mes Morelos retirado á Isúcar, después de haber evacuado á Cuautla, sabía tanto como antes acerca de la suerte de los sitiados. Felizmente para ellos, Trujano conocía el lugar adonde Morelos se retirara; y había resuelto enviarle un correo pidiéndole auxilios.

Cercada como se hallaba la plaza, la empresa era casi impracticable; y para asegurar el éxito, Trujano rezaba una novena para implorar la protección de los cielos.

El día en que del campo español penetramos á la ciudad sitiada, concluía la novena; y era la tarde de la antevíspera de la deliberación del consejo de guerra de que hemos hecho ya el relato.

Ya la noche había entrado. Toda la gente de Huajapam se encontraba reunida para la hora de la oración en una plaza iluminada por el resplandor de una antorcha de ocote aunque la luna brillaba en el cenit.

Rodeaban la plaza una iglesia cuya cúpula habían destrozado las bombas y casas en ruinas.

El templo de los sitiados era la misma plaza, teniendo

por dosel la bóveda estrellada del cielo. Por todas partes veíanse á los concurrentes al rojizo resplandor de la antorcha, silenciosos y recogidos : á las mujeres, á los niños y á los ancianos en los dinteles de las casas ; en medio de la plaza, los soldados con sus uniformes hechos jirones y sus armas al lado. Más allá, los heridos formando sangrientas líneas, se arrastraban para tomar participio en la oración común.

Al aparecimiento de un hombre de frente tranquila y aire de inspirado que caminaba hacia el centro de la plaza, como en otros tiempos los jueces de Israel, todas las cabezas se descubrieron ó se inclinaron.

Aquel hombre era el coronel Trujano. Hizo señal de que iba á hablar ; y el silencio fué más profundo aún.

— Muchachos — comenzó con voz sonora — la Escritura dice : « Los que guardan la ciudad velarán en vano si el Señor no vela con ellos. » Supliquemos pues al Dios de los ejércitos que vele con nosotros.

Todos se arrodillaron ; y Trujano hincó también las rodillas en el espacio que quedó vacío á su alrededor.

— Esta tarde — continuó — se acaba la novena comenzada por el feliz regreso de nuestro mensajero. Roguemos también por él y cantemos alabanzas á Dios que hasta aquí ha preservado á sus hijos que han tenido confianza en Él.

Entonces entonó el versículo del salmo que dice :

« Su verdad te servirá de escudo. No temerás ni los terrores de la noche, ni la flecha que vuela durante el día, ni el contagio que se desliza en las tinieblas, ni los ataques del demonio del mediodía. »

Después de cada uno de los versículos del salmo, el pueblo repetía :

« ¡ Señor, tened piedad de nosotros ! ¡ Señor, tened misericordia de nosotros ! »

Los centinelas españoles que velaban alrededor de la zanja abierta por los sitiadores, oían melancólicamente aquellos piadosos cánticos, que era lo único que turbaba el silencio profundo de las tinieblas.

Frente al faccionario próximo á la ciudad, yacían á poca distancia algunos cadáveres de mexicanos que sus hermanos no habían podido llevarse.

Las sombras de la noche se agregaban al horror de aquel lúgubre espectáculo.

Todos los cadáveres estaban más ó menos mutilados por los enemigos, que con frecuencia vengán en los muertos su impotencia contra los vivos.

El soldado iba y venía dentro de un reducido espacio, volviendo alternativamente las espaldas á los cuerpos extendidos bajo sus ojos y contándolos como un hombre desocupado, conservando siempre entre él y ellos un espacio razonable.

En seguida, para procurarse una distracción un poco menos triste, el centinela trató de distinguir las palabras que cantaban no lejos de él.

La lejana voz decía :

« Caerán mil á tu derecha y diez mil á tu izquierda ; pero el mal no se acercará un punto á ti. »

— ¡ Ah diablo ! ¿ Será latín ? — se dijo el centinela.

— Eso debe ser alguna oración por los muertos.

De repente le pareció, al hablar de los muertos, que su número se aumentaba ante sus ojos.

— Me habría equivocado — continuó el español en su monólogo.

Contó de nuevo los cadáveres ; esta vez se acordó muy bien de que eran diez.

Luego, continuó escuchando el cántico y este versículo :

« Marcharás sobre el áspid y el basilisco. Y hollarás al león y al dragón. »

— ¡ Ah ! hablan de dragón ; ¿ de los dragones de la reina quizás ?

El español se interrumpió. Creyó notar que, aunque en su paseo medía muy exactamente sus pasos á la distancia conveniente que quería mantener entre él y los cadáveres, esa distancia disminuía á cada vuelta.

Se puso entonces á contar sus pasos ; y aunque halló exactamente el mismo número á cada ida y venida, se

hallaba siempre más cerca de uno de los cadáveres hasta el punto de que creyó que no lo fuese. Era preciso que el cadáver hubiese caminado ó que el centinela se equivocara. El último supuesto era el más probable. Sin embargo, el español se aproximó al muerto para examinarlo. Estaba acostado sobre su dorso; y una herida sangrienta indicaba únicamente el punto que ocupara la oreja. Este examen tranquilizó al soldado que adquirió la seguridad de que, si el muerto (era un Indio) no había avanzado solo, él debía de haberse equivocado seguramente. Tuvo la tentación de pegarle un bayonetazo; pero un cadáver toma en la obscuridad de la noche, cierta imponente solemnidad que rechaza la profanación; y el centinela volvió á pasearse en el mismo sentido que antes, sin haber cedido á su tentación.

— Si los cadáveres pudieran ir — pensó el español — casi diría que éstos tienen sospechoso modo de caminar; había contado nueve y encuentro diez: se creería ¡lléveme el diablo! que este atrevido (el centinela hacía alusión al muerto sospechoso) tiene ganas de platicar conmigo para distraerse. ¡Caramba! Las canciones de aquellos vivientes no son alegres; pero las prefiero al silencio de estos esqueletos. Escuchemos.

Los cánticos continuaban:

« Eleva las manos durante la noche hacia el santuario y alaba al Señor. Su verdad será tu escudo; no temerás los terrores de la noche. »

Aunque aquellos salmos parecieran al centinela más alegres que las canciones de taberna comparativamente al silencio de los muertos, aquellos cánticos melancólicos de los sitiados, aquella compañía de cadáveres extraños, le alargaban enormemente el tiempo y con tristeza volvió el rostro hacia el campo en donde estaba su tienda; en seguida volvió á su paseo.

Esta vez caminaba tan exactamente el mismo número de pasos, que la distancia entre el Indio y él se conservó constantemente la misma hasta el momento en que notó que el cadáver había desaparecido.

Pasado el primer momento de terror, el centinela español comprendió que había sido engañado por la astucia india; y para que no lo acusaran de negligencia, se abstuvo prudentemente de dar la voz de alarma y dejó correr al Indio, que estaba bien vivo, á su término.

Para explicar la equivocación del soldado engañado por la ausencia de las orejas del viviente cadáver, es necesario decir que antes de poner sitio á Huajapam, el comandante Régules había tenido la triste satisfacción de *desorejar* cerca de Yanguitlán á una veintena de pobres indios hechos prisioneros. Recordamos á propósito esta antigua palabra, para escarnecer la costumbre, caída en desuso, de cortar las orejas á los prisioneros. Aquellos á quienes no se las habían cortado de raíz, pues muchos murieron de hemorragia, se habían refugiado en Huajapam.

El Indio era uno de estos últimos; y para dar á la cicatriz el aspecto de una herida fresca, no hizo más que empaparla con la sangre de uno de los cadáveres vecinos.

Fué á esta hazaña del comandante Régules á la que hizo alusión su colega Caldelas en la sesión del consejo de guerra que ya referimos.

— ¡Mil rayos! exclamó el soldado en un acceso de rabia, en caso de que estos perros no estén más muertos que ése que corre tan bien, éstos no correrán seguramente.

Y al decir estas palabras, sobreponiéndose la cólera á la especie de terror religioso á que el Indio debiera la vida, el centinela no dejó un cadáver sin abrirle dos ó tres hoyos con la bayoneta.

Ninguno de aquellos insensibles hizo movimiento alguno; y los únicos ruidos que turbaron la tranquilidad de la noche, fueron las interjecciones de furor del soldado y la voz lejana de los sitiados que cantaban los salmos.

— Sí, sí, canten ahora, pícaros — dijo el español — tienen razón, aunque no sea sino para burlarse de los que hacen tan buena guardia á su alrededor.

Mientras tanto, el Indio se daba á reconocer de los centinelas de Trujano.

En el momento en que llegó á la plaza, el pueblo y la guarnición, arrodillados aún á la luz de las antorchas, continuaban sus fervientes oraciones.

El religioso coronel, cual si hubiese pensado que el Dios á quien invocaba quería darle una señal palpable de su protección, cantaba el versículo :

« Yo le libraré porque ha puesto en mí toda su confianza :

« Y le protegeré porque ha invocado mi nombre. »

Cuando hubo terminado la última rogativa de esta novena tan eficaz, el Indio dió cuenta de su comisión.

Había visto á Morelos y llevaba la promesa del general de ponerse inmediatamente en marcha para ir en socorro de los sitiados.

Entonces Trujano, levantando los ojos al cielo, exclamó :

« ¡ Bendecid al Señor, oh vosotros ! que sois sus servidores. »

En seguida, después de distribuirse por el mismo coronel la ración, las antorchas se extinguieron y los sitiados se entregaron al sueño llenos de confianza en el que no duerme jamás y cuya protección les servía de escudo.

Al día siguiente por la tarde, á la misma hora, mientras que los sitiados se hallaban reunidos en la plaza para la oración común con que invariablemente terminaban cada día, otras escenas pasaban á algunas leguas del campo de los sitiadores.

Fiel á su promesa, Morelos se había puesto en marcha para Huajapam. No había podido disponer sino de mil hombres de tropa regular, por no desguarnecer la ciudad de Chilapa que acababa de tomar. Pero para hacer número, había agregado un millar de indios armados de flechas y de hondas.

Á alguna distancia detrás del general en jefe, el mariscal Galeana y el capitán Lantejas cabalgaban juntos.

La frente del ex-estudiante estaba cuidadosa.

— El general tiene razón de negarle la licencia — decía Galeana — un oficial instruido y valiente como Ud. es siempre precioso ; y en cuanto al disgusto que le causa su insistencia, del cual le ha dado prueba un poco bruscamente, no se aflija Ud. mucho, mi querido Lantejas, cuente conmigo. Seré muy desdichado si no le proporciono la ocasión de un buen lanzazo para rehabilitarse en su opinión. Con tal que Ud. mate por su mano á tres ó cuatro españoles ó á un oficial superior...

— Prefiero á un oficial superior ; lo pensaré — respondió el capitán distraídamente.

Es de creerse que aquella obligación premeditada de distinguirse, él, que hasta entonces no había sido más que un héroe de casualidad, amontonaba las nubes sobre su frente.

Mientras que las tropas insurgentes hacían alto por aquel día, se buscaron los medios de dar un golpe decisivo á los asaltantes ; y para conseguirlo, se resolvió que se les tomaría entre dos fuegos ; es decir, que se les atacaría al mismo tiempo que los sitiados hicieran una salida contra ellos.

Lo más difícil consistía en dar á conocer á los sitiados esta resolución, pues el ejército español mantenía severa vigilancia alrededor de la plaza.

Los indios estaban bajo las órdenes del capitán Lantejas ; y cuando se trató de enviar un expreso á Trujano, uno de ellos aseguró que conocía tras la aldea, un paso secreto por el cual se encargaba de llegar hasta él. Don Cornelio hizo dar aviso de esto á Morelos, quien en respuesta dióle la orden de acompañar al Indio con algunos hombres de su elección. Era tan llena de peligros como honrosa esta comisión ; y de buena gana la habría declinado Lantejas si hubiera sido libre para rehusarla. Pero como, en definitiva, podía evitarle el honor más peligroso aún de matar á tres ó cuatro españoles ó por lo menos á un oficial superior, y como no era libre para desobedecer una orden del general en jefe, tuvo que aceptarla.

Escogió por compañeros de aventuras á Clara y á Cos-

tal y además á una docena de soldados con los cuales podía contar; y llegada la noche, se puso en camino.

Al cabo de dos horas, el destacamento distinguió los fuegos de los vivaques españoles; luego, un poco después, las casas silenciosas de Huajapam, en donde los sitiados calculaban las horas y los minutos en espera de los prometidos socorros.

Desde el lugar en que el guía indio hizo que los hombres del capitán (fué tras las paredes que cercaban un campo) se detuvieran, conducía un camino hondo hasta el punto en que el centinela español iba y venía con cierta inquietud como si hubiera olfateado los peligros de su apostadero.

Era el mismo que ocupaba la vispera el centinela que se había embrollado en la cuenta de los cadáveres; y fué también por aquel camino hondo por donde el primer Indio llegó á aumentar su número.

Muchas causas parecían reunirse para dar al centinela aquel continente inquieto que amenazaba echarlo todo á perder: á la frescura desagradable de la noche, se unía el infecto olor de los cadáveres que repugnaba horriblemente á su olfato; luego, el aspecto de aquellos tristes compañeros de partido, no menos lúgubre para él que para su predecesor de la vispera, y la imagen de la muerte constantemente ante sus ojos, no dejaban de inspirarle cierto terror secreto.

El centinela iba y venía con paso rápido, como para rechazar el doble temblor que le agitaba. Por lo demás, sea que se hubiese sospechado la resurrección del Indio de la vispera, sea por cualquier otro motivo, la vigilancia era más activa y los centinelas, que debían observarse recíprocamente, se hallaban más aproximados entre ellos.

Los únicos momentos en que el centinela se detenía no duraban sino el tiempo necesario para repetir el grito:

¡Alerta, Centinela!

— Me estorba éste — dijo Costal — es preciso enviarlo á montar guardia en casa del Padre eterno.

— ¡Chut, pagano! — exclamó don Cornelio escandalizado.

El cerco de pared que servía de parada al capitán, aunque casi enteramente derruida, presentaba aún detrás de sus escombros amontonados un abrigo regular contra la curiosidad del centinela; pues había allí en la heredad, gran cantidad de altos áloes y de copudos absintos.

— Salgamos primero del centinela — dijo Costal. — Hecho eso, ustedes se diseminarán detrás de estos matorrales y me dejarán hacer.

El Zapoteca tomó la honda de uno de los indios en la cual puso una piedra escogida; y ordenó á otros dos indios que estiraran las cuerdas de sus flechas, alistándose los tres.

— Ud. golpeará dos piedras la una contra la otra, dos veces, con intervalo — dijo Costal al capitán. — Ustedes dispararán sus flechas al segundo golpe.

Era aquella una de las raras ocasiones en que el arco y la honda son superiores á la carabina.

Lantejas golpeó los dos guijarros con ruido. Aquel ruido seco llegó á los oídos del español. Se detuvo, paró la oreja é hizo resonar su fusil en la mano.

El capitán golpeó por segunda vez. La piedra y las flechas silbaron en el aire é hirieron con triple golpe al centinela que cayó sin lanzar un suspiro.

— ¡Vamos! ¡Dispérsense! — dijo vivamente Costal. — Lo demás me toca á mí.

El capitán y los dos indios se deslizaron como mejor pudieron tras los absintos y los áloes. Pero luego, de repente, don Cornelio tembló de espanto.

El centinela á quien había visto caer, se paseaba como antes; era su mismo continente y Lantejas no notó diferencia alguna en la voz que gritó con tono formidable:

¡Alerta, Centinela!

— ¿Dónde diablos está Costal? — se dijo don Cornelio buscando inútilmente al Zapoteca.

Mientras tanto, los otros dos indios agazapados desde

un principio á alguna distancia del capitán, avanzaban hacia la ciudad, al parecer, sin cuidarse gran cosa del centinela.

Eso fué un rayo luminoso para el cándido don Cornelio.

— ¡Ese centinela es Costal, caray! — se dijo.

En efecto, el muerto había sido reemplazado por el vivo; y de esa manera, hallándose el centinela en su mismo puesto y repitiendo los mismos gritos que él, los otros centinelas ni siquiera sospecharon lo que acababa de suceder.

Don Cornelio se lanzó lo más rápidamente que pudo hacia la ciudad sitiada.

Ya los otros dos indios habían desaparecido; y cuando Costal vió que el capitán se disponía á hacer lo mismo, arrojó lejos de sí el shakó y el fusil del centinela.

— ¡Más de prisa, más de prisa! — exclamó Costal. — ¡Los canallas van á dar la voz de alarma al no ver á su compañero!

Y diciendo estas palabras, se juntó al capitán á quien tomó por lá mano y le arrastró tan rápidamente que don Cornelio perdía el aliento.

No tardaron uno y otro en llegar á la plaza, donde los centinelas mexicanos, prevenidos ya por la llegada de los dos indios, sanos y salvos, les dejaron entrar sin dificultad.

— ¿Oye Ud.? — dijo Costal. — Los pícaros éstos han notado el accidente ocurrido á su camarada y dan la voz de alarma; pero ya no es tiempo.

Los gritos y las detonaciones de los fusiles resonaban en efecto en dirección del campo realista.

Trujano con la espada al cinto, inspeccionaba la plaza ya desierta, antes de retirarse, cuando llegaron Costal y el capitán.

Mientras que don Cornelio le daba cuenta de su misión, el coronel lo examinaba atentamente, lo mismo que al Indio. Un vago recuerdo le traía á la memoria aquellos dos rostros entrevistados durante un instante; y cuando el capitán hubo concluido:

— Me parece que lo he visto ya á Ud. en sueños. ¡Ah! ¿No es Ud. aquel joven estudiante tan fiel á la pastoral del obispo de Oaxaca y que anatematizaba en Las Palmas la insurrección como un pecado mortal?

— Exactamente, — respondió Lantejas suspirando.

— Y Ud., — continuó Trujano — ¿no es el tigrero de don Mariano Silva?

— El descendiente de los caciques de Tehuantepec, — respondió orgullosamente Costal.

— ¡Dios es grande y sus designios son inescrutables! — exclamó el coronel con el aire inspirado de un profeta de Judá.

Y se llevó al capitán consigo.

Después de dar su mensaje y de haber escuchado con admiración, él que había asistido al sitio de Cuautla, el relato del de Huajapam, no quedaba al capitán sino ir á reposar durante algunas pocas horas que faltaban para dar la batalla decisiva del siguiente día. Se arrojó en un banco, envuelto en su manta; y no pudo conciliar el sueño sino hasta que se prometió no hacer sino aquellas proezas que fueran rigurosamente necesarias para defenderse.

Hasta el día siguiente, después de la misa que hizo celebrar, Trujano dió á saber á los sitiados que al otro día al salir el sol, se haría una salida para atacar á los españoles por un lado mientras Morelos los atacaba por el otro.

En seguida, después de cantar el *Te Deum* con su religioso fervor, el coronel permitió á la guarnición regocijarse al son de las trompetas y al ruido de los cohetes por aquella muestra señalada de la protección divina; y fué el tumulto de aquella alegría el que llegó hasta el campo de los realistas.